

## DE LECTORES Y MANUALES EN NUESTRA CULTURA PEDAGÓGICA

En nuestro país ha existido una oposición entre la apropiación del pasado pedagógico, propiamente las pedagogías europea y norteamericana, por parte de los maestros, los formadores de maestros y los reformadores del sistema educativo, y la apropiación de la cultura europea por parte de intelectuales como Baldomero Sanín Cano, Hernando Téllez y otros que se agruparon en torno a la revista *Mito*, de los cuales heredamos un conocimiento y práctica acerca del oficio de lector a través de periódicos, revistas, radiodifusoras y, en menor medida, de la televisión, especialmente en sus inicios.

Pedro Enríquez Ureña, en su discurso pronunciado en la inauguración de las clases del año de 1914 en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México, aludía a que sociedades como la nuestra «no poseen reservas de energía intelectual para conectarlas a la alta cultura desinteresada» (1981,595). Este texto nos conduce a la pregunta por la posibilidad de existencia, en la actualidad, de un lector en nuestra cultura.

En la primera mitad del siglo XX, el lector de alta cultura se presenta como un intelectual universal con potencia para intervenir en todos los campos del conocimiento. Quiceno lo señala con precisión:

*En suma, el intelectual universal es aquel que obra como un sujeto libre, defiende una verdad que debe valer para todos y una libertad que encuentra en la justicia universal su ideal. Caracteriza también al intelectual universal el ser portador de un discurso general que opone a los demás, discurso que encuentra su esperanza en la ley del progreso, el esclarecimiento de las conciencias, y las explicaciones de la razón* (1993, 47).

Con las agrupaciones de intelectuales de principio de siglo, como el llamado grupo de Los Nuevos, compuesto por José Umaña Bernal, Jorge Zalamea, Juan Lozano, Luis Vidales, Alberto Ángel Montoya, Alberto Lleras Camargo, Rafael Maya, Carlos López Narváez, Octavio Amórtegui, Germán Pardo García, Ciro Mendía, Luis Tejada y León de Greiff, se introduce una lectura moderna del mundo que rompe, al decir de Rafael Maya, con la tradición de los "Centenaristas" (Mejía, 1976,12).

Es de anotar que, en nuestro país, el intelectual universal asume condiciones muy particulares, como las que Juan Gustavo Cobo Borda señala de Baldomero Sanín Cano:

*Odiaba las palabras "siempre", "nunca", "todo", y las que encierran algún sentido completo, fundamental y definitivo. Prefería darle expresión a sus ideas en matices, en términos precisos más no contundentes y absolutos. Miraba las cosas en su estado cautivador de perpetuo devenir y nunca pretendió fijarlas irremediabilmente* (1977,17).

Su antidogmatismo no impregna a la escuela ni a los formadores de maestros de la época, ya que no se aspira a formar un maestro culto sino eficaz.

El trabajo de Los Nuevos, el de Baldomero Sanín Cano y posteriormente el de la revista *Mito*, fundada en 1955 por Jorge Gaitán Duran, produjo una intermediación entre nuestra cultura y la cultura europea. Tal intermediación crítica, en el campo cultural, creó condiciones para la posible emergencia de un lector, pues las generaciones de intelectuales tuvieron en el periódico su medio de comunicación por excelencia, como lo afirma Cobo Borda para el caso de Sanín Cano:

*Hoy, cuando ya nadie lee sus libros, bien vale la pena recordar que fueron los colombianos, a través de periódicos o revistas minoritarias los que absorbieron su clara inteligencia y su talento como hombre de letras. Y como en un medio donde, sin excepción, todas las condiciones eran adversas a su propósito de ser tan solo un lector, él compuso estos volúmenes, del modo habitual en nuestra tradición: con artículos de periódico (1977, 33).*

Por su parte, el campo pedagógico no asimiló esta heredad. El no haberla asimilado, condujo a la escolarización del libro, la lectura y la crítica. En pedagogía, la cultura que generó el manual nos impidió apropiarnos de la pedagogía clásica, la Escuela Nueva y la pedagogía contemporánea, como lectores. Más bien, los pedagogos se recibieron desde una normatividad jurídica y desde la necesidad de su aplicación inmediata. Se desconocen, de entrada, los efectos de conocimiento de que están impregnadas tales apropiaciones, como concepciones del conocimiento, el lenguaje, tipo de hombre a formar, de la sociedad, la infancia, la escuela, la enseñanza, el método, la formación y el aprendizaje.

Estos efectos de conocimiento no se consumen en la apropiación jurídica ni en la eficacia de la aplicación. Únicamente puede ser digeridos por un "sensible y agradecido lector" (Borges, 1986) capaz de ir mas allá de la eficacia instruccional del texto y reconocer los efectos formativos de la biblioteca: «Menos que las escuelas me ha educado una biblioteca -la de mi padre-; pese a las vicisitudes del tiempo y las geografías, creo no haber leído en vano aquellos queridos volúmenes» (Borges, 1994:175).

La cultura del manual pervirtió la relación con el libro e impuso ciertas supersticiones de estilo de lectura: una obsesiva lectura de atenciones parciales que busca convertir las palabras en cosas, en instrumentos, en herramientas que señalan el camino hacia el conocimiento. Los que adolecen de estas supersticiones entienden por lectura la conversión de toda teoría, concepto, voz, imagen en un medio. Esta superstición ha circulado en periódicos, revistas, libros, programas radiales (Martínez, 1994,29-32), televisión educativa y el software educativo. La presencia de ésta en los medios escritos, orales y visuales ha impedido que las miradas del inspector y del aplicador abran espacio a la mirada de un lector que ausculta entre la eficacia y la normatividad jurídica los efectos de conocimiento de los conceptos, las palabras, la teoría, la voz y la imagen.

Con la pedagogía, en tanto adolece de un periodismo pedagógico integral ha sucedido algo muy particular. Se ha carecido de divulgadores, de fecundadores de ideas; en resumen, de lectores que produzcan más lectores. Las revistas de principios del siglo XX (Sáenz, Saldarriaga y Ospina, 1997) estuvieron al servicio de la inspección y de la aplicación urgente de las ideas de la pedagogía de Escuela Nueva a nuestra realidad social. Y fueron, al mismo tiempo, libro y periódico, como acostumbraba a decir Miguel Antonio Caro de los periódicos del siglo XIX (Camacho, 1990). Estuvieron al servicio del aplicador y del inspector, no del lector.

Es notable que a todo lo largo y ancho del siglo XX no hay preocupación ni por el registro documental pedagógico ni por la escritura pedagógica, hasta la década del setenta. La intermediación cultural que se empezó a vivir en el país desde principios de siglo, únicamente se inicia en el campo pedagógico con el surgimiento del campo intelectual de la educación (Díaz, 1993), el archivo pedagógico colombiano fundado por Olga Lucía Zuluaga y el trabajo exhaustivo de reseñas de la REDUC (CIUP, Universidad Pedagógica Nacional), iniciado por Germán Vargas Guillen y actualmente bajo la dirección de Gloria Calvo. Guardadas las proporciones, estos grupos de investigación se asimilarían a las vanguardias artísticas y culturales de la primera mitad del presente siglo.

Y a pesar de estos trabajos, a partir de la década del setenta, se nota la falta de especialistas en la escritura pedagógica, como una tendencia a ignorar el pasado, debido, quizás, al desconocimiento de la acumulación de saber pedagógico que se empezó a gestar en aquella misma década. Ayuda a este desconocimiento, la ausencia de una intermediación entre la adecuación social de las metodologías y procedimientos y su aplicación en las aulas. Todo ello dificulta la comunicación con el pasado o con cualquier conceptualización que pretenda hacerlo actual: tradición crítica de la pedagogía, acumulación de saber pedagógico u horizonte conceptual de la pedagogía. Si no existe el presente va ser muy difícil una conjunción constructiva con el pasado.

Somos conscientes de las dificultades que enfrenta una propuesta que establece no una separación sino una distancia entre el hacer y el lector, distancia dentro de la que aflora el conocimiento como experiencia, ya no como deber ser. Además, el trabajo sobre el registro pedagógico y educativo debería desembocar en definición de la especificidad del ensayo pedagógico, la biografía, la autobiografía, los prólogos y la novela pedagógica. Apropiarse del trabajo sobre el documento pedagógico sería una de las tareas que le daría una razón de ser a los institutos de pedagogía, además de la formación de escritores especializados en pedagogía, desde escritores de texto hasta programadores de software, pasando por autores de guiones de radio, cine y televisión. Especialistas en la textualidad pedagógica que, a su vez, abriesen un espacio a todos aquellos efectos de conocimiento que escapan a la aplicación y a los dispositivos disciplinarios, y conllevaran a otro tipo de lector.

El desarrollo de esta intermediación crítica -reconociendo la labor desarrollada por los diferentes grupos de investigación desde la década del setenta del siglo XX-, al interior del campo pedagógico, es una deuda de la pedagogía con la cultura y la historia, y constituye para nosotros un deber pensar sus posibilidades de realización en el presente. En esta dirección, esta revista, dedicada a los manuales escolares y a los estudios sobre manuales escolares, es otra posibilidad.

*Jesús Alberto Echeverri S.*

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BORGES, Jorge Luis (1994). *Obra Poética*. Buenos Aires: Emecé Editores.

\_\_\_\_\_ (1986). *Textos cautivos. Ensayos y Reseñas en "El Hogar" (1936-1939)*. Barcelona: Tusquets Editores.

EDITORIAL

CAMACHO, Nayib (1990). "Donde hay confusión, hay confesión. (Apuntes sobre Miguel Antonio Caro y la "Nación Colombiana)". En: *Revista Educación y Pedagogía*. Medellín: Universidad de Antioquia. Vol. 1, No. 3. pp. 35-61.

COBO, Juan Gustavo (1977). "Sanín Cano: El oficio de lector". En: SANÍN, Baldomero. *Escritos*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.

DÍAZ, Mario (1993). *El campo intelectual de la educación en Colombia*. Cali: Universidad del Valle.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro (1981). *Obra crítica*. México: Fondo de Cultura Económica.

MARTÍNEZ, A., NOGUERA, C, CASTRO, J. (1994). *Currículo y Modernización. Cuatro décadas de educación en Colombia*. Santafé de Bogotá: Foro Nacional por Colombia Tercer Milenio.

MEJÍA, Jaime (1976). "José Umaña Bernal en los Carnets. Prólogo". En : UMANA, José. *Carnets*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.

QUICENO, Humberto (1993). *Los intelectuales y el saber. Michel Foucault y el pensamiento francés contemporáneo*. Cali: Universidad del Valle.

SÁENZ, Javier, SALDARRIAGA, Osear y OSPINA, Armando (1997). *Mirar la infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903-1946*. Medellín: Colciencias, Ediciones Foro Nacional por Colombia, Ediciones Uniandes, Editorial Universidad de Antioquia.